



UNIVERSITÄTS-  
BIBLIOTHEK  
PADERBORN

## **Universitätsbibliothek Paderborn**

### **El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha**

**Cervantes Saavedra, Miguel de**

**Madrid, 1850**

Capitulo XLIV. Como Sancho Panza fue llevado al gobierno, y de la extraña aventura que en el castillo sucedió á don Quijote.

[urn:nbn:de:hbz:466:1-48459](https://nbn-resolving.org/urn:nbn:de:hbz:466:1-48459)



#### CAPITULO XLIV.

Como Sancho Panza fue llevado al gobierno, y de la extraña aventura que en el castillo sucedió á don Quijote.



DICEN que en el propio original desta historia se lee, que llegando Cide Hamete á escribir este capítulo no le tradujo su intérprete como él le habia escrito, que fue un modo de queja que tuvo el moro de sí mismo, por haber tomado entre manos una historia tan seca y tan limitada como esta de don Quijote, por parecerle que siempre habia de hablar dél y de Sancho, sin osar extenderse á otras digresiones y episodios mas graves y mas entretenidos, y decia que el ir siempre atendido el entendimiento, la mano y la pluma á escribir de un solo sujeto, y hablar por las bocas de pocas personas, era

un trabajo incomportable, cuyo fruto no redundaba en el de su autor, y que por huir de este inconveniente habia usado en la primera parte del artificio de algunas novelas, como fueron la del *Curioso impertinente*, y la del *Capitan cautivo*, que estan como separadas de la historia, puesto que las demas que allí se cuentan son casos sucedidos al mismo don Quijote, que no podian dejar de escribirse. Tambien pensó, como él dice, que muchos llevados de la atencion que piden las hazañas de don Quijote, no la darian á las novelas, y pasarian por ellas ó con priesa ó con enfado, sin advertir la gala y artificio que en sí contienen, el cual se mostrara bien al descubierto cuando por sí solas, sin arrimarse á las locuras de don Quijote ni á las sandeces de Sancho, salieran á luz (1). Y así en esta segunda parte no quiso ingerir novelas sueltas ni pagadizas, sino algunos episodios que lo pareciesen, nacidos de los mismos sucesos que la verdad ofrece, y aun estos limitadamente, y con solas las palabras que bastan á declararlos: y pues se contiene y cierra los estrechos limites de la narracion, teniendo habilidad, suficiencia y entendimiento para tratar del universo todo, pide no se desprecie su trabajo, y se le den alabanzas, no por lo que escribe, sino por lo que ha dejado de escribir; y luego prosigue la historia, diciendo: —

Que en acabando de comer don Quijote el día que dió los consejos á Sancho, aque-

(1) Cervantes quiere decir que estarian mejor unidas con sus *Novelas ejemplares*, donde tendrian su verdadero y natural lugar, mejor que en el Quijote, donde estan demas, ó interrumpen el hilo de la fabula y el interesante progreso de su accion principal, sin tener la menor connexion con ella como episodios. — Arr.



lla tarde se los dió escritos, para que él buscasse quien se los leyese; pero apenas se los hubo dado, cuando se le cayeron, y vinieron á manos del duque, que los comunicó con la duquesa, y los dos se admiraron de nuevo de la locura y del ingenio de don Quijote; y así llevando adelante sus burlas, aquella tarde enviaron á Sancho con mucho acompañamiento al lugar, que para él habia de ser insula. Acaeció pues, que el que le llevaba á cargo era un mayordomo del duque, muy discreto y muy gracioso, que no puede haber gracia donde no hay discrecion, el cual habia hecho la persona de la condesa Trifaldi con el donaire que queda referido: y con esto, y con ir industriado de sus señores de como se habia de haber con Sancho, salió con su intento maravillosamente.

Digo pues, que acaeció que así como Sancho vió al tal mayordomo se le figuró en su rostro el mismo de la Trifaldi, y volviéndose á su señor le dijo: señor, ó á mí me ha de llevar el diablo de aquí de donde estoy, en justo y en creyente (1), ó vuesa merced me ha de confesar que el rostro deste mayordomo del duque, que aquí está, es el mesmo de la Dolorida. Miró don Quijote atentamente al mayordomo, y habiéndole mirado dijo á Sancho: no hay para que te lleve el diablo, Sancho, ni en justo ni en creyente (que no sé lo que quieres decir), que el rostro de la Dolorida es el del mayordomo; pero no por eso el mayordomo es la Dolorida, que á serlo implicaría contradiccion muy grande, y no es tiempo ahora de hacer estas averiguaciones, que seria entrarnos en intrincados laberintos. Créeme, amigo, que es menester rogar á nuestro señor muy de veras que nos libre á los dos de malos hechiceros y de malos encantadores. No es burla, señor, replicó Sancho, sino que denantes le oí hablar, y no pareció sino que la voz de la Trifaldi me sonaba en los oídos. Ahora bien, yo callaré; pero no dejaré de andar advertido de aquí adelante á ver si descubre otra señal que confirme ó desfaga mi sospecha. Así lo has de hacer, Sancho, dijo don Quijote, y darásmele aviso de todo lo que en este caso descubrieres, y de todo aquello que en el gobierno te sucediere.



Salió en fin Sancho acompañado de mucha gente, vestido á lo letrado, encima

(1) Quiere decir, segun Covarrubias, al punto, súbitamente, aceleradamente. —Arr.



un gaban muy ancho de camelote de aguas leonado, con una montera de lo mismo, sobre un macho á la gineta, y detras del, por órden del duque, iba el rucio, con jaeces y ornamentos jumentiles de seda y flamantes. Volvia Sancho la cabeza de cuando en cuando á mirar á su asno, con cuya compañía iba tan contento, que no se trocara con el emperador de Alemania.

Al despedirse de los duques les besó las manos, y tomó la bendicion de su señor, que se la dió con lágrimas, y Sancho las recibió con pucheritos. Deja, lector amable, ir en paz y enhorabuena al buen Sancho, y espera dos fanegas de risa que te ha de causar el saber como se portó en su cargo; y en tanto atiende á saber lo que le pasó á su amo aquella noche, que si con ello no rieres, por lo menos desplegarás los labios con risa de gimia, porque los sucesos de don Quijote ó se han de celebrar con admiracion ó con risa.

Cuéntase pues, que apénas se hubo partido Sancho, cuando don Quijote sintió su soledad, y si le fuera posible revocarle la comision y quitarle el gobierno, lo hiciera. Conoció la duquesa su melancolia, y preguntóle que de que estaba triste, que si era por la ausencia de Sancho, que escuderos, dueñas y doncellas habia en su casa, que le servirian muy á satisfaccion de su deseo. Verdad es, señora mia, respondió don Quijote, que siento la ausencia de Sancho; pero no es esa la causa principal que me hace parecer que estoy triste; y de los muchos ofrecimientos que vuestra excelencia me hace, solamente acepto y escojo el de la voluntad con que se me hacen, y en lo demas suplico á vuestra excelencia que dentro de mi aposento consienta y permita que yo solo sea el que me sirva.

En verdad, dijo la duquesa, señor don Quijote, que no ha de ser así, que le han de servir cuatro doncellas de las mias, hermosas como unas flores. Para mí, respondió don Quijote, no serán ellas como flores, sino como espinas, que me punquen el alma. Así entrarán ellas en mi aposento, ni cosa que lo parezca, como volar. Si es que vuestra grandeza quiere llevar adelante el hacerme merced sin yo merecerla, déjeme que yo me las haya conmigo, y que yo me sirva de mis puertas adentro, que yo ponga una muralla en medio de mis deseos y de mi honestidad; y no quiero perder esta costumbre por la liberalidad que vuestra alteza quiere mostrar conmigo; y en resolucion, antes dormiré vestido, que consentir que nadie me desnude.

No mas, no mas, señor don Quijote, replicó la duquesa: por mí digo que daré órden que ni aun una mosca entre en su estancia, no que una doncella: no soy yo persona que por mí se ha de descabalar la decencia del señor don Quijote, que segun se me ha traslucido, la que mas campea entre sus muchas virtudes es la de la honestidad. Desnúdese vuesa merced y vistase á sus solas y á su modo, como y cuando quisiere, que no habrá quien lo impida, pues dentro de su aposento hallará los vasos necesarios al menester del que duerme á puerta cerrada, porque ninguna natural necesidad le obligue á que la abra. Viva mil siglos la gran Dulcinea del Toboso, y sea su nombre extendido por toda la redondez de la tierra, pues mereció ser amada de tan valiente y tan honesto caballero, y los benignos cielos infundan en el corazon de Sancho Panza nuestro gobernador un deseo de acabar presto sus disciplinas, para que vuelva á gozar el mundo de la belleza de fan gran señora.

A lo cual dijo don Quijote: vuestra altitud ha hablado como quien es, que en la boca de las buenas señoras no ha de haber ninguna que sea mala: y mas venturosa y mas conocida será en el mundo Dulcinea por haberla alabado vuestra grandeza que por todas las alabanzas que puedan darle los mas elocuentes de la tierra. Ahora bien, señor don Quijote, replicó la duquesa, la hora de cenar se llega, y el duque debe de esperar: venga vuesa merced, y cenemos y acostarése temprano, que el viaje que ayer hizo de Candaya no fue tan corto que no haya causado algun molimiento.

No siento, ninguno, señora, respondió don Quijote, porque osaré jurar á vuestra excelencia que en mi vida he subido sobre bestia mas reposada ni de mejor paso



que Clavileño, y no sé yo que le pudo mover á Malabrundo para deshacerse de tan lijera y tan gentil cabalgadura, y abrasarla así sin mas ni mas. A eso se puede imaginar, respondió la duquesa, que arrepentido del mal que habia hecho á la Trifaldi y compañía y á otras personas, y de las maldades que como hechicero y encantador debia de haber cometido, quiso concluir con todos los instrumentos de su oficio, y como á principal, y que mas le habia desasosegado, vagando de tierra en tierra, abrasó á Clavileño, que con sus abrasadas cenizas y con el trofeo del cartel queda eterno el valor del gran don Quijote de la Mancha. De nuevo nuevas gracias dió don Quijote á la duquesa, y en cenando don Quijote se retiró en su aposento solo, sin consentir que nadie entrase con él á servirle: tanto se temia de encontrar ocasiones que le moviesen ó forzasen á perder el honesto decoro que á su señora Dulcinea guardaba, siempre puesta en la imaginacion la bondad de Amadis, flor y espejo de los andantes caballeros. Cerró tras sí la puerta, y á la luz de dos velas de cera se desnudó, y al descalzarse ¡oh desgracia indigna de tal persona! se le soltaron, no suspiros ni otro cosa que desacreditase la limpieza de su policia, sino hasta dos docenas de puntos de una media, que quedó hecho celosia. Aflijóse en extremo el buen señor, y diera él por tener allí un adarme de seda verde, una onza de plata; digo seda verde porque las medias eran verdes.

Aquí exclamó Ben-Engeli, y escribiendo dijo: ¡oh pobreza, pobreza! no sé yo con que razon se movió aquel gran poeta cordobés (1) á llamarte dádiva santa desagradecida: yo, aunque moro, bien sé por la comunicacion que he tenido con cristianos, que la santidad consiste en la caridad, humildad, fe, obediencia y pobreza; pero con todo eso digo que ha de tener mucho de Dios el que se viniere á contentar con ser pobre; si no es de aquel modo de pobreza de quien dice uno de sus mayores santos: *tened todas las cosas como si no las tuviédes* (2), y á esto llaman pobreza de espíritu; pero tú, segunda pobreza (que eres de la que yo hablo) ¿por que quieres estrellarte con los hidalgos y bien nacidos mas que con la otra gente (3)? ¿por que los obligas á dar pantalia (4) á los zapatos, y á que los botones de sus ropillas unos sean de seda,

(1) Este gran poeta es Juan de Mena, que en la copla cccxvii de sus *trescientos* dijo:  
 ¡Oh vida segura la mansa pobreza!  
 ¡Oh dádiva sancta, desagradecida!

Aquí la palabra *desagradecida* no está en la acepcion de *ingrata*, sino en la de *no agradecida, no apreciada* por los hombres. Hesiodo, en su poema de las *horas y los dias*, llamó tambien á la pobreza *dádiva de los dioses inmortales*; pero si Hesiodo y otros varios han elogiado á la pobreza, siendo ellos ricos, Ovidio dice: *pauper ubique jacet*, el pobre en todas partes es despreciado; Lucano dice: *paupertas fugitur* todo el mundo huye de la pobreza. Juvenal la llama *triste* diciendo:

*Nil habet infelix paupertas durius in se,  
 Quam quod ridiculos homines facit.*

«Triste pobreza! tú nos espones á la burla de los necios, que es el mas insoportable de tus rigores.» — Boileau dice:

*L'or, même á la laideur donne un teint de beauté;  
 Mais tout devient affreux avec la pauvreté.*

Que nosotros traducimos:

El oro á la fealdad presta belleza;  
 Pero todo es horrible con pobreza.

Y si el Evangelio dice: «Bienaventurados los pobres porque de ellos es el reino de Dios;» los pobres que viven en este mundo, quisieran para ir pasando algo mas que tan solemne promesa; pues Lope de Vega en los *Milagros del Desprecio* afirma que

En nuestro mortal estambre  
 Lo que adelgaza es el hambre.

Y segun Pananti, poeta italiano:

*L'infelice povertá  
 L'uom tormenta, o gli scomplitgia,  
 O'l fa stolto, o gli consiglia  
 Cento e mille iniquità.* — MARTINEZ DEL ROMERO.

(2) San Pablo, epistola á los Corintios, VII, 31.

(3) ¿Y porque? Porque la mayor parte de nuestros innumerables hidalgos eran vanos orgullosos y arrogantes; pues engreidos con su hidalguia, tenian á deshonra el trabajar como los demas ciudadanos.

(4) Parece ser lo mismo que el *cerote*, del que dice Quevedo, que reparaba los *desmayos del calzado*. (*Visita de los chistes*).



otros de cerdas, y otros de vidrio? ¿por qué sus cuellos por la mayor parte han de ser siempre escarolados y no abiertos con molde? (y en esto se echará de ver que es antiguo el uso del almidon y de los cuellos abiertos) y prosiguió: miserable del bien nacido (1) que va dando pistos (2) á su honra, comiendo mal y á puerta cerrada, haciendo hipócrita al palillo de dientes con que sale á la calle, despues de no haber comido cosa que le obligue á limpiárselos: miserable de aquel, digo, que tiene la honra espantadiza, y piensa que desde una legua se le descubre el remiendo del zapato, el trasudor del sombrero, la hilaza del herreruelo, y la hambre de su estómago.

Todo esto se le renovó á don Quijote en la soltura de sus puntos; pero consolóse con ver que Sancho le habia dejado unas botas de camino, que pensó ponerse otro día. Finalmente él se recostó pensativo y pesaroso, así de la falta que Sancho le hacia, como de la irreparable desgracia de sus medias, á quien tomara los puntos aunque fuera con seda de otro color, que es una de las mayores señales de miseria que un hidalgo puede dar en el discurso de su prolija estrechez. Mató las velas, hacia calor, y no podia dormir: levantóse del lecho, y abrió un poco la ventana de una reja, que daba sobre un hermoso jardin, y al abrirla sintió y oyó que andaba y hablaba gente en el jardin: púsose á escuchar atentamente, levantaron la voz los de abajo, tanto que pudo oír estas razones:

No me porfies, oh Emerencia, que cante, pues sabes que desde el punto que este forastero entró en este castillo, y mis ojos le miraron, yo no sé cantar, sino llorar, cuanto mas que el sueño de mi señora tiene mas de lijero que de pesado, y no querria que nos hallase aquí por todo el tesoro del mundo: y puesto caso que durmiese y no despertase, en vano seria mi canto si duerme y no despierta para oírle este nuevo Eneas, que ha llegado á mis regiones para dejarme escarnida (3). No des en eso, Altisidora amiga, respondieron, que sin duda la duquesa y cuantos hay en esta casa duermen, sino es el señor de tu corazon y el despertador de tu alma, porque ahora sentí que abria la ventana de la reja de su estancia, y sin duda debe de estar despierto: canta, lastimada mia, en tono bajo y suave, al son de tu arpa, y cuando la duquesa nos sienta le echaremos la culpa al calor que hace. No está en eso el punto, oh Emerencia, respondió la Altisidora, sino en que no querria que mi canto descubriese mi corazon, y fuese juzgada de los que no tienen noticia de las fuerzas poderosas de amor por doncella autojadiza y liviana, pero venga lo que viniere, que mas vale vergüenza en cara, que mancilla en corazon; y en esto comenzó á tocar una arpa suavísimamente.

Oyendo lo cual quedó don Quijote pasmado, porque en aquel instante se le vinieron á la memoria las infinitas aventuras, semejantes á aquella de ventanas, rejas y jardines, músicas, requiebros y desvanecimientos que en los sus desvanecidos libros de caballerias habia leído. Luego imaginó que alguna doncella de la duquesa estaba dél enamorada, y que la honestidad la forzaba á tener secreta su voluntad. Temió no le rindiese, y propuso en su pensamiento el no dejarse vencer; y encomendándose de todo buen ánimo y buen talante á su señora Dulcinea del Toboso, determinó de escuchar la música, y para dar á entender que allí estaba, dió un fingido estornudo, de que no poco se alegraron las doncellas, que otra cosa no deseaban sino que don Quijote las oyese. Recorrida pues y afinada la arpa, Altisidora dió principio á este romance.

(1) *Bien nacido* es aquí sinónimo de hidalgo, de noble cuna, de sangre ilustre: palabras todas del lenguaje gótico del feudalismo, y tambien del orgullo y vanidad ridicula é insultante de nuestros antiguos hidalgos, á todos los cuales ridiculiza aquí Cervantes en la persona de don Quijote con tanta gracia como delicadeza. — Arr.

(2) Esto es, alimentándola escasamente ó como se alimenta al enfermo, á quien se da caldo u otra sustancia líquida con un pistero, y en muy cortas porciones. — Arr.

(3) Escarnecida, despreciada. — Arr.



## DON QUIJOTE DE LA MANCHA.

Oh tú que estás en tu lecho  
Entre sábanas de Holanda,  
Durmiendo á pierna tendida  
De la noche á la mañana;

Caballero el mas valiente  
Que ha producido la Mancha,  
Mas honesto y mas bendito  
Que el oro fino de Arabia:

Oye á una triste doncella,  
Bien crecida y mal lograda,  
Que en la luz de tus dos soles  
Se siente abrasar el alma.

Tú buscas tus aventuras,  
Y ajenas desdichas hallas,  
Das las heridas, y niegas  
El remedio de sanarlas.

Dime, valeroso jóven,  
Que Dios prospere tus ansias,  
¿Si te criaste en la Libia,  
O en las montañas de Jaca?

¿Si sierpes te dieron leche?  
¿Si á dicha fueron tus amas  
La aspereza de las selvas  
Y el horror de las montañas?

Muy bien puede Dulcinea,  
Doncella rolliza y sana,  
Preciarse de que ha rendido  
A una tigre y fiera brava.

Por esto será famosa  
Desde Henáres á Jarama,  
Desde el Tajo á Manzanáres,  
Desde Pisuerga hasta Arlanza.

Trocárame yo por ella,  
Y diera encima una saya  
De las mas gayadas mias,  
Que de oro la adornan franjas.

¡Oh quien se viera en tus brazos,  
O si no junto á tu cama,  
Rascándote la cabeza  
Y matándote la caspa!

Mucho pido y no soy digna  
De merced tan señalada:  
Los pies quisiera traerte,  
Que á una humilde esto le basta.

¡Oh qué de cofias te diera,  
Qué de escarpines de plata,



Qué de calzas de damasco,  
Qué de herreruelos de holanda!

Qué de finísimas perlas,  
Cada cual como una agalla,  
Que á no tener compañeras,  
Las solas fueron llamadas (1)!

No mires de tu Tarpeya  
Este incendio que me abrasa,  
Neron manchego del mundo,  
Ni le avives con tu saña (2),

Niña soy, pulcela (3) tierna,  
Mi edad de quince no pasa,  
Catorce tengo y tres meses,  
Te juro en Dios y en mi ánima

No soy renca ni soy coja,  
Ni tengo nada de manca,  
Los cabellos como lirios,  
Que en pie por el suelo arrastran.

Y aunque es mi boca aguileña,  
Y la nariz algo chata,  
Ser mis dientes de topacios,  
Mi belleza al cielo ensalza.

Mi voz ya ves, si me escuchas,  
Que á la que es mas dulce iguala;  
Y soy de disposicion  
Algo menos que mediana.

Estas y otras gracias mias  
Son despojos de tu aljaba:  
Desta casa soy doncella,  
Y Altisidora me llaman.

Aquí dió fin el canto de la mal ferida Altisidora, y comenzó el asombro del requerido don Quijote, el cual dando un gran suspiro dijo entre sí: ¡que tengo de ser tan desdichado andante, que no ha de haber doncella que me mire, que de mi no se enamore! ¡que tenga de ser tan corta de ventura la sin par Dulcinea del Toboso, que no la han de dejar á solas gozar de la incomparable firmeza mia! ¿qué la quereis, reinas? ¿á que la perseguis, emperatrices? ¿para qué la acosais, doncellas de á catorce á quince años? dejad, dejad á la miserable que triunfe, se goce y ufane con la suerte que amor quiso darle en rendirle mi corazon, y entregarle mi alma: mirad, caterva enamorada, que para sola Dulcinea soy de masa y de alfeñique, y para todas las demas soy de pedernal, para ella soy miel, y para vosotras acibar: para mí sola Dulcinea es

(1) Con la exajeracion del tamaño de estas perlas, llamadas irónicamente las *solas*, acaso aludió Cervantes á la perla llamada la *Peregrina*, la *Huervana*, ó la *Sola*, por no tener compañera, que tenian los reyes de España vinculada en la corona hasta que en el incendio del palacio de Madrid se consumió con otras alhajas preciosísimas, el año de 1734. — P.

(2) Alúdese aquí al romance antiguo que empieza:

Mira Nero de Tarpeya  
A Roma como se ardia:  
Gritos dan niños y viejos,  
Y él de nada se dolia. — P.

(3) Voz tomada de la italiana *Pulcella* que quiere decir *doncellita*, *doncella tierna*, *virgen*. — MARTINEZ DEL ROMERO.



la hermosa, la discreta, la honesta, la gallarda y la bien nacida; y las demas las



feas, las necias, las livianas y las de peor linaje: para ser yo suyo, y no de otra alguna, me arrojé la naturaleza al mundo: llore ó cante Altisidora, desespérese Madama, por quien me apórrearon en el castillo del moro encantado, que yo tengo de ser de Dulcinea cocido ó asado, limpio, bien criado y honesto, á pesar de todas las potestades hechiceras de la tierra; y con esto cerró de golpe la ventana, y despechado y pesaroso, como si le hubiera acontecido alguna gran desgracia, se acostó en su lecho, donde le dejaremos por ahora, porque nos

está llamando el gran Sancho Panza, que quiere dar principio á su famoso gobierno:

